

ENRIQUE BONETE PERALES

El abrazo velado

VIVENCIA CRISTIANA DE UN FILÓSOFO

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2022

ÍNDICE GENERAL

Nota previa	11
Advertencia al lector	13
Introducción. A orillas del río de la muerte.	15
1. Las bolitas negras	19
2. Dispuesto a partir	23
3. Llorar por dentro.	27
4. En la encrucijada.	31
5. Sabios consejos.	35
6. Entre clases y comunidades	37
7. La carta manuscrita.	41
8. Un poco de luz	45
9. El abrazo de «Alguien»	51
10. Inesperado reencuentro.	59
11. La experiencia filosófica.	63
12. Día trepidante	67
13. «Mejor el silencio»	75
14. Una nueva etapa	85
15. Extrañas dudas	87
16. Con la tesis y el parto	91
17. Un pie en la universidad	95
18. En los seminarios Redemptoris Mater	101

19. De Roma a Jerusalén	105
20. Ante los hijos	113
21. Con Kiko, Carmen y el padre Mario	119
22. La mirada afable del cardenal Ratzinger	127
23. <i>El «Hecho extraordinario»</i>	135
24. En Oxford	139
<i>a)</i> Entre ateos, judíos y anglicanos	139
<i>b)</i> El esplendor de la Vigilia Pascual	145
<i>c)</i> ¿Una tormenta neuronal en mi cerebro?	150
A modo de epílogo	155
Anexo. Cantos junto a una fosa	157

NOTA PREVIA

Por la insistencia de personas a las que aprecio, difundo hoy este escrito íntimo y de carácter testimonial. Su contenido fundamental fue redactado en Oxford durante el verano de 2010 (hace unos doce años), aunque revisado a fondo y muy abreviado en periodos posteriores, según estados de ánimo y nuevas circunstancias. Para esta publicación he añadido unas pocas notas a pie de página sobre personas u obras.

La vivencia cristiana que se narra como núcleo del texto y, por ende, de mi vida entera, aconteció hace algo más de cuatro décadas. Ha sido imposible olvidarla.

La única razón que me ha impulsado a hacer público un relato tan personal (tras superar múltiples reparos y excesivo pudor) no es otra que la esperanza de que algún lector que entre en sus páginas pueda acercarse más a Cristo, fuente principal de toda bondad, auténtico protagonista de este testimonio.

Salamanca, 19 de marzo de 2022
Solemnidad de San José

ADVERTENCIA AL LECTOR

Aquí puedes encontrar, lector, un alma al descubierto: el relato breve de mi experiencia cristiana que, a modo de círculo, comienza y concluye en Oxford, donde he vivido con parte de mi familia durante este último curso gracias a una beca de investigación del Ministerio de Educación de España. Cuando leas la introducción podrás entender por qué he decidido en esta ciudad lluviosa iniciar y concluir la redacción de este escrito autobiográfico.

Unos días antes de mi regreso a Salamanca doy por finalizadas algo así como mis particulares *confesiones*, poco agustinianas, sin duda. Son, en realidad, el resultado final de un fuerte impulso que durante el verano (última parte de mi estancia en esta ciudad) he tenido que seguir fielmente, sin poder controlar del todo la obsesión por escribir. Más bien me he sentido como arrastrado por una fuerza torrencial interior que urgía poner negro sobre blanco lo que ahora tú, si deseas, pausadamente puedes leer y meditar. Algunas de estas páginas, en medio de desvelos nocturnos, han sido escritas con lágrimas en los ojos, otras, las menos, con sonrisa en los labios (también con algo de vergüenza), y todas ellas golpeando alocadamente las teclas del ordenador para atrapar con palabras las imágenes vivas que saltaban como liebres ágiles por los arbustos de mi memoria.

He narrado solo algunos retazos, es decir, trozos, fragmentos extraídos de la tela de mi vida; aquellos en

los que he percibido de modo especial y en momentos relevantes la cercanía entrañable de *Alguien*. Me he centrado, sobre todo, en algunas situaciones que precedieron y siguieron al *acontecimiento*.

Es evidente que, en sentido estricto, no soy un filósofo (como sugiere el subtítulo), sino más bien un mero profesor universitario que ha dedicado toda su vida a explicar en las aulas y en publicaciones lo que los grandes pensadores han escrito. Espero no ofender a nadie por la licencia de tildarme con la solemne denominación de *filósofo*: refleja con una sola palabra mi actividad profesional, marco circunstancial en el que se ha desarrollado la mayor parte de los eventos aquí presentados.

En ocasiones, la narración es completada por frases y párrafos entrecomillados. Si bien no cabe entenderlos como pronunciados tal cual por mí o por las personas que me rodean en un momento dado, sí representan, según recuerdo, lo esencial de lo vivido, el núcleo de lo conversado, orado o meditado en aquellos momentos a que me esté refiriendo.

Oxford, 3 de septiembre de 2010
Festividad de San Gregorio Magno

INTRODUCCIÓN
A ORILLAS DEL RÍO DE LA MUERTE

Lunes, 21 de junio de 2010. En Oxford. Sol primaveral. Con paso lento camino hacia The Radcliffe Camera, donde me propongo invertir la mañana leyendo unas páginas sobre Neuroética. Sigo andando, cada vez más despacio. Estoy ya en la High Street. Me encuentro fatigado, como si no tuviera fuerzas. Decido cambiar de rumbo y atravesar Merton Street (donde está la Facultad de Filosofía) hasta la estrecha puerta metálica que conduce a la entrada lateral del célebre Christ Church College. Desde allí, con lentitud, arrastrando los pies, me dirijo al río Isis, que cruza la ciudad. Estoy muy cansado. La luz del sol es suave y su calor agradable de sentir en la escasa piel del rostro que una barba poblada deja al descubierto. Con sosiego tomo asiento en un banco. Miro el río. Oigo no muy lejos a un grupo de chicas que hablan a voces y ríen. Por supuesto, no se percatan de un español que, cabizbajo, mareado, sujetando la cabeza entre las manos, se somete a un desenlace fatal.

Estoy solo, a la sombra de un árbol, con agudo desasosiego en mi alma. Muy cansado, demasiado, tras caminar treinta minutos. Más que nunca. Sigo mareado. Me encuentro mal, francamente mal. Una extraña fragilidad invade mi cuerpo. «¿No me estaré muriendo ahora?», pienso atemorizado. Crece la angustia: «¿Tengo calor o frío? Quizá sea este el final... ¡Qué cosas! Ni que hubie-

ra venido a Oxford para morir aquí, totalmente solo, a la orilla de un río». En diversas ocasiones, durante este largo curso, he sentido debilidad, vértigos, una fatiga constante.

Sigo estando mareado, con náuseas. «¿No debería llamar al móvil de mi hijo Samuel? Está cerca de aquí. Pero, ¿me estoy muriendo? ¿Seré capaz de explicarle dónde estoy? ¡Uf, qué mal! ¡Qué mareo, Dios mío! Sí, parece que está llegando el fin... Bueno, tranquilo, Enrique, respira, respira hondo. No conviene llamar ni alarmar a nadie. Cada uno que siga su vida... Ahora reza despacio el Padrenuestro, las veces que puedas... ¡Qué triste resulta permanecer aquí solo, sin las caricias y consuelos de Clara! No tengo fuerzas para estar de pie. Soy algo joven para morir... Persisten los vértigos. Pero, ¿ha llegado mi hora? Parece que me estoy muriendo... ¡Qué mareo, Dios mío! ¿Más o menos que antes? No lo sé»¹.

Levanto la cabeza poco a poco y tumbo mi cuerpo entero a lo largo del banco. Rezo con calma. Muy quieto. Viene a la mente, sin buscarlo, el recuerdo emotivo de aquel *abrazo* protector, entrañable, consolador que experimenté siendo estudiante, hace unos treinta años... Siento gran paz al pensar en ello. Estoy algo más sereno. Pero mal, muy mal. Pitan por dentro los oídos. Noto el bombeo del corazón, presión en el pecho. Respiro hondo. Sigo pronunciando el Padrenuestro con los labios, aunque mi mente ora a Dios por su cuenta, con entereza a veces, con desazón también.

¹ Similares sensaciones de ahogo, mareo e inquietante malestar experimenté en octubre de 2020 —quizá más angustiosas y graves—, tal como he narrado en la introducción de mi libro *Con una mujer cuando llega el fin. Conversación íntima con la muerte* (BAC, Madrid 2021) 13-23.

Pasa tiempo. No sé cuánto. Quizá un par de horas. Experimento algo de mejoría, aunque sigo muy fatigado. Respiro con dificultad. El sol brilla cada vez más. Hace calor. «Se está acabando el mareo. Ya se han ido las estudiantes. Estoy aquí muy solo. Si pierdo la conciencia, nadie se enterará... Parece que todo vuelve a ser normal».

Pienso con inquietud: «Hoy no voy a leer filosofía. ¿Cómo voy a seguir con la Neuroética si casi me muero ahora mismo? Tendré que ir al médico estos días. No. Cuando vuelva a Salamanca. Supongo que mi vida sigue, seguirá un tiempo, quizá no mucho... Sí, en efecto, me encuentro un poco mejor... Cuando regrese a casa en septiembre, si es que estoy aún en este mundo, iré al cardiólogo: convendría un chequeo general. Aquí no quiero ir a los médicos. No deseo ingresar en un hospital. Los trámites burocráticos son complicados. Nunca comprendo todo lo que dicen, ni seré capaz de explicar bien lo que ha pasado. ¿Cómo expresar en lengua tan impronunciable esta agonía que he tenido junto al río? ¿Cómo decir a los médicos que me sentía morir? Voy a permanecer en este banco toda la mañana, tumbado, rezando, manteniendo en la memoria la agradable sensación de paz con la que *Alguien* me levantó del suelo durante aquella noche de aflicción y llanto».

Rumio por dentro: «Lo que tengo que hacer es relatar ya lo esencial de mi vida. He de contar a la familia, a la comunidad, a los mejores amigos lo que aconteció durante aquella madrugada de oración. Puedo morir cualquier día y da pena desaparecer de este mundo sin que nadie conozca algo del secreto bien guardado dentro de mi alma hasta ahora».

Me propongo, tumbado a la sombra, junto al río: «Esta tarde, si me siento con ánimo, o mañana, pero ya, muy pronto, empezaré a escribir lo que ha acontecido hoy aquí, en este banco, y los recuerdos más intensos de aquel *encuentro*. Como he acabado la parte principal de la investigación dedicaré los ratos libres del verano a relatar someramente lo que durante décadas he escondido en mi interior. Necesito narrar, como pueda, que tú, Dios mío, sacaste mi alma del fango, me pusiste de pie, diste a mi espíritu consuelo y paz, cuando todo era oscuro y triste».

* * *

Domingo, 27 de junio de 2010. Ha llegado la hora de empezar a contar lo que durante aquella noche tan lejana acaeció en lo más profundo de mi ser y que, a pesar de intentarlo, nunca pude olvidar, nunca. No me queda más remedio que ser fiel a la conciencia, al insistente impulso que me mueve, desde hace días, a dejar constancia escrita de mi encuentro íntimo con Cristo. Y debo acabar antes de abandonar para siempre esta isla inmensa, antes de volver a casa, a Salamanca, a mis clases de la Universidad.

Pero no sé cómo empezar... Quizá lo mejor sea explicar con brevedad mis recuerdos más lejanos y las circunstancias antecedentes del *abrazo*.